



# UNA PUTA ALBINA COLGADA DEL BRAZO DE FRANCISCO UMBRAL

**DIEGO MEDRANO**

Una pensión miserable, misteriosas amenazas,  
el Café Gijón, Francisco Umbral, sus libros,  
su obra, su pensamiento... y Maruja Lapoint.

**UNA PUTA ALBINA**  
**COLGADA DEL BRAZO DE**  
**FRANCISCO UMBRAL**

**DIEGO MEDRANO**



**Colección:** Narrativa Nowtilus  
www.nowtilus.com

**Título:** Una puta albina colgada del brazo de Francisco Umbral  
**Autor:** © Diego Medrano

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3<sup>o</sup> C, 28027 Madrid  
www.nowtilus.com

**Editor:** Santos Rodríguez  
**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vitolas

**Diseño y realización de cubiertas:** Murray  
**Diseño del interior de la colección:** JLTV  
**Maquetación:** Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN 13:** 978-84-9763-552-3

Libro electrónico: primera edición

# Í N D I C E

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

El género literario del futuro es el reportaje.

WALTER BENJAMIN

**H**ay veces en que la mejor forma de valentía es cerrar los ojos y comenzar a caminar. Por eso me vine yo a Madrid, entre otras muchas cosas; para conocer o espiar a Francisco Umbral mientras me hospedaba en una pensión cutrísima de la calle Hortaleza cuyo recuerdo todavía me colorea la barbilla de amarillo. Una pensión de las de baño al final del pasillo con grifo jamás callado, portal de altos techos gótico-renacentistas repleto de yonquis de los más variados géneros y estaturas practicando felaciones a orondos clientes, integrados en el sistema y con el trabajito al lado, con algún minuto de descanso en sus ocupaciones y un exagerado nudo de corbata, tipo sandía. Pensiones con armario ropero que amenaza con venirse abajo, olor denso a orín o fantasma en su interior; hedor a plátano de muchos años, a láudano y estufa de vieja, a cirrosis y cistitis ya incurables y hereditarias. Olores de los que hablaba tantísimo Umbral en sus primeros libros, olores a tomillo y rueda de neumático, a cepillo de dientes para siete, a cena fría y gato que amenaza con comérsela si llegamos a arquear las cejas o dudar de que ese puede ser nuestro único alimento.

Yo me vine a Madrid a espiar a Umbral y a hacer de Madrid un personaje literario, copia y discípulo del gran maestro, alguien más con una maletita de sueños bajo el brazo. Y así, un poco de perfil, a riñas conmigo mismo, mientras me acostaba entre las cochinas sábanas de mi horrible pensión, embutido en olores a pedo y semen ajenos, decía para mí dos frases de Witold Grombrowicz. La primera frasecita de Grombrowicz es rematadamente mala: “Yo no era nada, por lo tanto podía permitírmelo todo”. La segunda es todavía peor: “Desde que ejerzo la literatura siempre he tenido que destruir a alguien para salvarme a mí mismo”. Así me dormía yo en mi pensión de la calle Hortaleza, generalmente tembloroso, en vilo, parpadeante, inquieto, sintiendo la pantagruélica felación que seguro continuaba ejerciéndose a pocos metros de mí, en aquel portal mortuorio y cenagoso; aquellos movimientos hidráulicos de labios dirigidos por la droga que yo imaginaba podrían mover mi cama como el peor terremoto, sacudirme, trasladarme a un infierno del que ya era imposible librarse o encontrar curación. Por eso dormía abrazado a la almohada, y le decía cosas a mi almohada que no debería decirle, como te quiero mucho y todo eso, esas cosas que solo un poeta con verdadera alma de niño puede decirse cuando está solo, más solo que la una, solísimo de cuerpo entero y con el corazón en quiebra.

A la hora del desayuno —todavía desayunos compartidos en aquella clase ínfima de pensiones— me hice amigo de un músico calvo, con gafas de culo de botella, que confesó llamarse Benito Lacunza y ser asiduo del Café Gijón, donde tanto y tan bien hizo Francisco Umbral de sí mismo. Yo pegué un salto en mi silla, llevado por la emoción. No podía desperdiciar mi oportunidad, tenía que confiar en Benito Lacunza, debía aprender a dejar de creer en Grombrowicz y comenzar a hacerlo en los demás, en quien estuviese a mi lado y pudiese ayudarme. El músico me pidió mi magdalena, yo se la entregué como si fuera la mejor

medalla o uno de esos tesoros que solo se entregan a alguien que comienza a ser muy especial en tu vida. Solo te ponían en la pensión una magdalena por persona, y se ve que la música requiere más carburantes que la literatura; y se ve que no es lo mismo ser calvo y miope que joven e insolente, siempre en la raspadura última del atrevimiento y en el colmo de nosotros mismos. Yo cultivaba el arte de la insolencia —ahora es inútil negarlo—, así disfrutaba tantísimo vistiendo mis pantalones rojos, mi gabán largo, algunos anillos en los dedos y una camisa hermosísima, inmaculada, blanquísima, marca Lacoste, que no sé yo por qué me ponía con aquel conjunto de guerrillero de la nada. Solo tenía otros dos pantalones añadidos a estos ya mentados, esta vez de género vaquero, y cinco o seis camisas más, tan blancas como la primera. Bien mirado, sí, el rojo no dejaba de pegar de puta madre con el blanco, quien tampoco se llevaba nada mal con el negro de mi abrigo, y, respecto a los anillos, bien es sabido que no tienen género, porque ni los anillos ni las bufandas poseen género, algo que yo aprendí de mi madre, que en paz descansa, quien a veces se ponía los anillos de mi padre y este no hacía más que propinarle descomunales mamporros por ello. En fin, a lo que vamos, frente a Lacunza y vestido de mí mismo, yo quise ser sincero, premiar su sinceridad con una confesión mía, tal y como hace la gente normal en sus vidas, y viendo que él me contaba que era músico y frecuentaba el Gijón, yo decidí hablarle algo de mí en un tono en que la voz salía estrecha, débil, muy párvula. Donde aquella voz tan pobretona era mi único bitor:

—Mira, Lacunza, yo me he venido a Madrid huyendo de Grombrowicz, que es un escritor cuya lectura en demasía puede hacerte acabar muy mal, y huyendo también de todo mi pasado homosexual, muy similar al de Grombrowicz alrededor de 1941, en los barrios bonaerenses más cutres y desgraciados.

No sé lo que pasó en ese momento pero contemplé estupefacto, con especial nitidez, cómo algo se rompía en la mirada enlagueada de Lacunza. Algo que yo no podría saber qué era, pero, no obstante, algo frágil, indeterminado, casi como seda rota entre los dientes de una llama agresiva e imprevista. Dejó la magdalena que yo le había entregado a un lado, apenas descompuesta por un par de mordiscos, para comenzar a observarme de un modo vil, obstinado, tal y como nadie me ha mirado en su vida. Tal vez, sí, podría ser, como si yo tuviese el sida, verrugas en el ano, o incluso cáncer de ano, que figuraban como los paraísos últimos que habían reseñado en cierto programa televisivo la noche anterior a los que podría conducir el pecado sin tregua de la homosexualidad. Arqueé las cejas, casi sin ser consciente de ello, extrañado por aquella mirada del músico calvo y miope que no apartaba su mirada de la mía. Me tragué de un solo bocado la magdalena que estorbaba ya sobre la mesa, aquel fósil que él había dejado a un lado, creyéndola apestada o caduca. Pasé a escuchar a Lacunza diciéndome en voz baja cierta frase que podría haber dicho Grombrowicz; todavía más mala y nefasta que las de Grombrowicz, algo que no se dice de buenas a primeras a quien acabas de conocer hace un rato:

—Yo soy un fracasado por culpa de mi madre. Todos los que nos dedicamos al arte somos unos fracasados. Y el fracaso siempre tiene un origen primero, nada incierto, en nuestros propios padres.

Recordé la imagen de mi madre poniéndose los anillos de mi padre y me eché a temblar. Recordé la imagen de mi madre recibiendo algún hostiazo de campeonato por culpa de ponerse los anillos de mi padre y me puse azul, verde, magenta. No podía entender la crueldad de aquel señor que decía ser músico. Los músicos, al igual que los escritores, deben estar dotados de cierta sensibilidad, no sé. Al fin y al cabo no se dedican a capar toros. Me puse

muy serio, evité enfadarme, mostrarme airado, y comencé a hablar en un tono de voz apenas audible. Casi como cuando era un inverosímil retoño frente a mis padres con los brazos en jarras, estáticos, esperando yo la reprimenda de rigor por su parte, debida a alguna travesura propia de los años en que solo se experimenta con desastres.

—¿Por qué me dices todo esto? —pregunté envuelto en una niebla o cerrazón que era como humo de tabaco, arte perfumado de otro tiempo, hechicería de vieja con muy mala espina.

—Te lo digo simplemente para que te ubiques. Para que sepas que has venido a Madrid a buscar a tu madre. A encontrarte. ¡A saber quién cojones eres!

Un silencio abismal se erigió entre nosotros, cortando en dos el ambiente como se corta el pan sobre la mesa. Nuestros rostros comenzaban a helarse, enladrillarse, para después derretirse sin previo aviso; para no tardar demasiado en comenzar a ser otros Lacunza y yo, un par de extraños frente a frente en una mesa con mantelito de hule y cicatrices por todas partes.

Pregunté, al instante, juntando las manos como si fuera a rezar, lo primero que me vino a la mente con la fuerza y el colorido atroz del relámpago:

—¿Y tú la encontraste? ¿Encontraste a tu madre y sabes ya quién eres?

—Claro que sí —respondió Lacunza sin torcer el gesto—. Encontré a mi madre y mi madre eres tú.

Yo reí, pero al comprobar que él no correspondía a mi gesto, pasé a adoptar un semblante indeterminado, circunspecto, rígido o casi ministerial. La mueca de los mimos cuando no pasa nadie y comprueban que el cestito de mimbre sigue vacío de monedas.

—¿Pero cómo voy a ser yo? —pregunté extrañado.

—“Madre” es todo aquello que en un momento dado nos salva y tú, ahora mismo, sin darte cuenta, me has salvado a mí. Me has salvado como solo tú podrías salvarme.

—Pero ¿cómo dices eso? ¿Te has vuelto loco de remate?  
No entiendo nada de nada.

—Sí, cojones. Me has salvado.

—¿Y cómo te he salvado si puede saberse?

—Con esa confesión tuya. ¿Cómo va a ser?. Para ser un espía de Francisco Umbral parece un poco paradito. Un poco tontito. Y Umbral se mueve mucho, ya te voy avisando.

Moví la cabeza asintiendo. Decía que sí con el gesto, sin saber bien lo que quería decir sí en aquellos momentos. Posiblemente: vale, de acuerdo, lo que tú digas, ayúdame. Pedía ayuda a alguien que decía que yo era su madre, si había entendido bien, y algo dentro de mí reía por ello. Reía como vi un día reírse a Umbral por televisión, sin dejar huella. Reía como ríen los asesinos, envueltos en humo.

**M**e he encerrado en mi habitación. No me parece propio que alguien te llame madre así como así, con total impunidad. Al menos debería haberme preguntado si yo quería tener hijos, si yo quería cambiar de sexo para ser madre, porque nadie se imagina que una madre en masculino pueda llegar a ser una buena madre. Estoy en esta habitación casi tieso, refugiado de la vida vulgar, buscando único refugio en el arte, que es lo que Francisco Umbral y tantos otros quisieron siempre para sí mismos. Medito sobre una posible novela que lleve por título *La vida en las pensiones*. Me parece un excelente título este de *La vida en las pensiones*, cuyo sentido último y primero lo entendería Umbral como nadie, porque en su libro *Retrato de un joven malvado* lo explica como nadie. Recuerdo con total exactitud el pasaje en cuestión:

*Las pensiones han sido el vivero madrileño de políticos, escritores y poetas. La gente venía a la conquista de Madrid y su éxito o su fracaso estaban, no en el talento, la suerte o el oportunismo, sino en encontrar o no encontrar una buena pensión, una patrona para ir tirando, y el que la encontraba podía aguantar indefinidamente y llegaba*

*arriba, porque llegar arriba es una cuestión de aguante, pero el que no encontraba su pensión, el sitio cálido y pútrido donde abrigarse, moría de hambre por las calles o en los hospitales antituberculosos de las afueras.*

Quiero pensar que estoy en la pensión adecuada, que tengo todavía las armas suficientes para no morir de hambre e ir tirando, un poco como Umbral en sus orígenes, cuando escribía *Retrato de un joven malvado* y no andaba excesivamente boyante. *La vida en las pensiones* puede ser mi gran obra, no tengo más que ponerme, me veo con fuerzas suficientes para superar mi pasado homosexual y hacer una gran obra; la obra que quede, definitiva, algo que me dé de comer y me proporcione alguna cosita más, lo que puede ser una colaboración en algún periódico, una columnita, lo que sea. Todavía no tengo ordenador portátil, a pesar de que hoy en día los hay muy baratos, pero a mano no me va nada mal, pienso que el manuscrito tiene su magia, sigue teniendo su magia, otro tiempo y forma de concebir lo literario. La clave, nuevamente, me la da Umbral en ese libro *Retrato de un joven malvado*, una verdadera joya y uno de sus primeros libros. Dice en otro texto muy similar:

*Trabajar a mano, con letra insegura, trabajar a máquina, con espacios en blanco, con huecos dentro de las palabras, y fabricar algo, construir día a día un absurdo de prosa y miedo, todo el sinsentido de la vocación, del oficio, qué afán de escribirlo todo, manuscibir el mundo, mecanografiar la vida, encenagar de palabras la celulosa, la materia virgen de los bosques y el sueño blando de las mujeres.*

Mujer todavía no tengo, esa es la única realidad, pero sí estoy cerca, muy cerca, de la materia virgen de los bosques. Como Umbral, robo tacos de folios Galgo e imagino

que son una tarta para mí solo. Como Umbral, sí, tengo que saber llegar al éxito a partir de mi pensión de la calle Hortaleza y mis manuscritos de letra temblona. El milagro tiene que volver a repetirse, en ello me va la vida entera. Hay escritores que tienen plan B y los hay que solo tenemos un plan, este en el que estamos, por lo que si se va al garete, ese será el fin único. Mi pensión tiene que darme muchas cosas, y sabré aprovecharlas todas. Tocan a la puerta en el momento menos pensado. ¿Quién podrá ser? La abro temblándome las piernas y con cierta inseguridad en la mandíbula inferior. Yo aquí no conozco a nadie. Abro de un golpe, en plan susto, como si me fuera a comer a alguien.

—Hola. Soy Berta Miravalles —me dice una chica envuelta en una capa negra, aproximadamente de mi edad, con el pelo teñido de verde y las uñas pintadas en rosa. Alguien que parece un vampiro o una bruja, sonriéndome como si me conociese de toda la vida.

—Hola, ¿qué tal?. Yo me llamo Samuel Lamata. Pero puedes llamarme Sami, como todo el mundo —digo antes de intentar sonreír, un poco forzado, estirando mi mano y evitando darle dos besos.

—Muy bien, Sami. Yo estoy en Bellas Artes. He querido venir a presentarme porque me han dicho que te instalaste ayer.

—Sí, bueno. Ayer. Yo soy escritor. He venido a Madrid a triunfar en la literatura, me dedico solo a escribir y, no sé qué más contarte, he pensado en titular mi primer libro *La vida en las pensiones*.

—¡Qué bien, Sami! —sonríe ella—. Esta pensión debe de tener algo, porque ya somos un músico como Lacunza, un escritor como tú, un carnicero-gogó como Aquiles y una pintora como yo. Lo de mis estudios es una excusa como otra cualquiera, porque si yo me dedico a algo es a pintar, exclusivamente a pintar. Por eso me vine a Madrid. Por culpa de sus cielos.

—Yo también vine a conocer a Umbral —digo, estático, un poco absurdo junto al quicio de la puerta.

—¿A qué Umbral? —pregunta ella, arqueando las cejas, desconcertada.

—A Francisco Umbral. El escritor.

—Ah.Ya. Creo que sigue yendo mucho al café Gijón. No sé, tampoco es que me despierte demasiada simpatía ni me inspire para nada. Es muy mayor, ¿no? —Oye, ¿y el carcinero-gogó ese del que hablas?

—Huy, se llama Aquiles. Está tremendo. Es guapísimo y es de Oviedo. La melena le llega hasta el culo y tiene unos bíceps como bloques de cemento. Es majísimo, aunque un poco bruto.

Guardo silencio. No digo nada. Por más que lo pienso no acierto a comprender por qué esta mujer me lo define físicamente. ¿Habrás notado que soy gay, que soy un poco gay, que puedo llegar a ser gay sin que se me note?.

—Aquiles está por el día en la carnicería. Y por las noches trabaja de gogó, o gigoló, o algo de eso. Por lo que está poco por aquí.

—¿Y la señora que ayer me abrió la puerta y me cobró lo del mes?

—Esa es Serafina. La patrona. Yo creo que es un poco autista. Nos pone el desayuno y la comida y todo eso, pero no participa. Pasa mucho tiempo en la otra parte del piso, a la que no podemos acceder, creo que lleva muchos años sin salir a la calle.—Parece buena gente.

—Por lo menos no nos juzga, que ya es algo muy importante. No se mete en nada. Es un cielo, aunque como todos, cada cual a su manera.

—Ya. Claro. Cada cual a su manera.

Nos despedimos por medio de cierto saludo en el aire. Ningún roce físico. Ninguna caricia o muestra de querer seguir hablando. Nos despedimos como extraños, tras haber estado un buen rato como extraños, tan ausentes a nosotros mismos como a nuestra propia vida. Espero una